

Comentario

La derrota política de las organizaciones armadas.

Juan Luis Besoky
Universidad Nacional de La Plata

Introducción

Este trabajo tiene como objeto analizar las causas que, a la luz de la bibliografía sobre la materia, produjeron la derrota de las organizaciones armadas entre 1973-76. Para esto examino las diferentes interpretaciones sobre los procesos más destacados de ese período: el Gran Acuerdo Nacional, el gobierno peronista, la represión clandestina y finalmente el Golpe de Estado del `76. Estos procesos son considerados a través de tres posturas interpretativas dentro del campo de la historia social del período, con el propósito de encontrar alguna explicación convincente a la desaparición de las organizaciones armadas.

Una variante interpretativa es la del grupo denominado Centro de Investigación en Ciencias Sociales (CICSO) cuyos principales referentes son: Juan Carlos Marín y Pablo Bonavena. El primero escribió: *Los hechos armados*, publicado originalmente en 1978, y el segundo, junto con otros autores: *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina (1966-1976)* en 1998.

La otra variante es la del sociólogo Alfredo Pucciarelli como compilador del libro: *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, publicado en 1999.

La última es la de Pablo Pozzi y Alejandro Schneider a través de los libros: *Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976*, publicado en el 2000, y *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, publicado en el 2001.

Estas interpretaciones son confrontadas a su vez con los documentos del Partido Revolucionario de los Trabajadores, con el propósito de verificar en qué medida la estrategia política planteada por esta organización resultó adecuada durante los procesos más destacados del período 1973-1976.



El G.A.N. y la convocatoria a elecciones

“El GAN es el abrazo final de toda la vieja Argentina que se hunde, para dar paso a la nueva Argentina socialista que surge potente e impetuosa”
(PRT-ERP)

El proyecto que se plasmó en la “Revolución Argentina” entendía que la generalización de la crisis y la conflictividad se debían a la lucha por la distribución del ingreso, que se desarrollaba dentro de un Estado con poca autonomía y cada vez menor legitimidad. Esto tenía su fundamento en una economía incapaz de modernizarse y crecer a ritmo sostenido. La solución debía ser, entonces, hacer crecer significativamente el volumen de excedentes disponibles, para su posterior distribución, congelando temporalmente todos los conflictos. El gobierno requería de un “período de gracia” para emprender un proyecto de modernización que: produjese un aumento de los bienes disponibles, aumentase el bienestar de los sectores más postergados y promoviese la movilidad social. Con este fin se establecieron las prioridades, dividiendo la Revolución en tres tiempos: un tiempo económico, luego social y por último un tiempo político. Sin embargo, cuando la estrategia de disciplinamiento, estabilidad económica y crecimiento parecía empezar a dar sus frutos irrumpió el Cordobazo. La política disuelta por decreto retornó violentamente.

Ante la profundización creciente de la confrontación social, el general Lanusse modificó la manera de entender la crisis: clausuró la estrategia del Onganiato y lanzó el “Gran Acuerdo Nacional” que implicó un cambio radical de perspectiva. Para él, la solución a la crisis no era de carácter económico sino político. Se debía ejecutar un programa para reconstruir el sistema institucional y dotar de autonomía y auténtico poder de decisión al Estado. Como señala Pucciarelli, en la Introducción a *La primacía de la política*: el GAN no fue el producto de una áspera confrontación entre los dos grandes caudillos, para desembocar en la plena hegemonía del general Perón, sino una estrategia original del sector más político de las FFAA, para tratar de redefinir la relación entre: sistema de dominación social, sistema de representación política y sistema de poder estatal. Los cuales se hallaban desarticulados por la errática gestión de la Revolución Argentina y por el nuevo clima de confrontación social.

Señala Gonzalo De Amézola, en “El caso del realismo insuficiente”,¹ que la vuelta a la legalidad política buscaba legalizar a la izquierda no insurreccional y reencauzar a la juventud hacia los partidos políticos. Ésta dramática inversión de objetivos implicaba también que el centro de gabinete se trasladara al Ministerio del Interior y al que dirigía esa cartera: el político radical Arturo Mor Roig. Éste

de inmediato se dedicó a restablecer la actividad partidaria y a promover una reforma electoral con vistas a que Perón no fuera candidato.

El temor de las FFAA era que con los peronistas en el llano, sin alternativas de participación, el terrorismo aumentase y también lo hiciese la represión; lo que llevaría finalmente a un enfrentamiento incontrolable para el gobierno. El plan de Lanusse proponía la inclusión de los elementos moderados y propensos a la conciliación del peronismo pero excluyendo a Perón como candidato. De esta forma, se haría posible unir a las fuerzas políticas nucleadas en “La Hora del Pueblo” en un proyecto aceptable para los militares. “En síntesis, un campo político donde amigos (militares/aliados) y adversarios (peronismo) se enfrentarían a enemigos (guerrilla/sectores radicalizados) que no contarían con apoyo en el conjunto de la sociedad.”². Había que rehabilitar al peronismo para aislar a los más radicalizados. Al fin y al cabo, si el movimiento peronista no era canalizado hacia una acción política legítima podía ser reorientado hacia otras líneas “más peligrosas”.

Coincidiendo con esta interpretación los autores del libro *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina 1966-1976* definen al GAN como un plan político de reinstitucionalización democrático-burgués, provisto de un cronograma y conjugado con una represión crecientemente “clandestina”. Era necesario detener la crisis de la conciencia burguesa en los sectores populares, que empezaba a evidenciarse en el Viborazo. La estrategia de los sectores más lúcidos de las FFAA partía de considerar la existencia de un núcleo irreductible en la “subversión”, que debía ser aniquilado, y una periferia, que debía ser ganada o al menos neutralizada, para lo cual debía tenerse una política específica hacia ella. Esta interpretación, que luego fue retomada y ampliada por los continuadores de la línea del CICOSO, ya había sido sostenida por Juan Carlos Marín, allá por 1979, en su exilio mexicano. Él planteaba que la gravedad de la situación llevó a una fracción “ilustrada” de la burguesía a la conclusión de que era necesario asumir una defensa estratégica de su dominación. Era necesario revalorizar el sistema institucional (sin dejar de lado la represión) como forma de encontrarle al descontento popular una disciplina posible.

Pozzi y Schneider en su libro *Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976* conciben al GAN como un intento por aislar aquellas organizaciones que, potenciadas por el auge de masas, planteaban la revolución social; y a la vez como un intento de dar una solución pacífica de amplia base social a la crisis de dominación. Sin embargo, para estos autores, el plan fracasa. Primero, porque Lanusse ve fracasar su objetivo original de crear un gobierno de transición cívico-militar y luego, porque no logró aislar las tendencias revolucionarias. “El auge de masas y el crecimiento de la izquierda continuaron de forma sostenida hasta 1975, a pesar de todos los esfuerzos realizados por los partidos políticos

tradicionales por canalizarlos por las vías democrático burguesas. Si el GAN hubiera sido exitoso, no hubiera sido necesario el golpe de estado de 1976.”³

Al respecto podemos decir que el mismo De Amézola advierte que las acciones encaradas para distender, desconcentrar y aislar resultaron insuficientes; y la vuelta de la actividad política, en vez de aplacar, aceleró los tiempos y licuó el poder del gobierno militar. Lanusse terminó preso de la dinámica de juego que propuso, pero viendo desvanecerse sus ambiciones personales, se empeñó en lograr la preservación del sistema. Para él, lo que presentaba un peligro serio no era la guerrilla, (cuyas posibilidades de alterar seriamente el orden establecido, en forma directa, eran escasas y las de enfrentar a las FFAA nulas) sino la dirección que podían tomar esas protestas. Era imprescindible impedir el desarrollo del principio de legitimidad que se venía gestando desde el Cordobazo, y ahogar la construcción de una alternativa revolucionaria; y si para ello se necesitaba hacer concesiones cada vez mayores a Perón, pues se deberían hacer. Como concluye De Amézola: “Si bien [Lanusse] no pudo imponer sus propias reglas de juego, mucho más importante para él fue destruir las de sus verdaderos enemigos. En definitiva eso no es más que una vieja práctica militar. Y vencer era tan importante que bien podría pagar el costo de la destrucción de su proyecto personal y de que en apariencia, fuera Perón el que triunfara en toda la línea.”⁴

Hasta aquí podemos afirmar que en lo inmediato hubo una derrota de Lanusse y del GAN al no cumplirse el objetivo original. Sin embargo, en el mediano plazo, el objetivo estratégico sí se cumplió, ya que gran parte de la conflictividad social y política se reencauzó dentro de los marcos institucionales, y lo que es más importante, se logró abrir una brecha entre la lucha contra la dictadura y la impugnación al sistema.⁵ Como concluye Bonavena: “En el orden estratégico fue una victoria burguesa, ya que hacía a su defensa estratégica la realización de las elecciones. El mero hecho de votar significaba, en esas condiciones, un desarme político de las masas. Sin embargo, en el orden táctico, la victoria correspondió a los sectores populares que se alzaron con el triunfo en las urnas a través del FREJULI.”⁶

En cierto sentido, podemos decir que la posibilidad de una salida revolucionaria parecía alejarse mientras la burguesía ganaba no sólo tiempo sino que recuperaba la iniciativa perdida. Al respecto señala Bonavena que la burguesía financiera perdió la iniciativa en la lucha de clases en 1969 y volvió a retomarla, precariamente a partir del GAN, francamente a partir de Ezeiza, y abiertamente a partir de marzo de 1976.

Respecto a las organizaciones armadas es importante advertir, como señalan Pozzi y Schneider, que “La liberalización de Lanusse no trajo en modo alguno una suavización de la represión al movimiento obrero y popular. Por el contrario, la represión se hizo más activa, sistemática y eficaz, aunque también

más selectiva, centrándose sobre todo en la izquierda y en la guerrilla.”⁷ La masacre de Trelew (cuando 16 guerrilleros fueron fusilados en un supuesto intento de fuga) no parece ser, como pretende sostener De Amézola,⁸ una zancadilla que tendieron ciertos sectores reaccionarios de la marina a la política de Lanusse, sino un requisito esencial del GAN. Como el mismo Lanusse confiesa en *Mi testimonio*:

...había un círculo pequeño, poblado de fanáticos irrecuperables, pero ese círculo pequeño no podía operar sino flotando en otro más grande, formado por los simpatizantes de manga ancha que no actuaban, que no mataban a nadie, pero que constituían el oxígeno del cual respiraban los subversivos. La política consistía, por un lado, en la represión de los irrecuperables pero, por otro, en privar de oxígeno político a la subversión. El camino democrático era el esfuerzo por conquistar ese oxígeno...⁹

Respecto al GAN el PRT sostenía, en *El Combatiente*, que a los llamados a elecciones se acompañaba la represión brutal y descarada:

Son dos caras de la dictadura militar; son sus dos tácticas. Los llamados a la pacificación nacional, al GAN y al diálogo, y la represión brutal, los secuestros y los asesinatos. Dos tácticas que llevan a un mismo objetivo: por un lado aislar a la guerrilla del conjunto del pueblo, esperando a éste en un rosado futuro electoral, tratando así de eliminar la creciente simpatía de los sectores populares por las organizaciones armadas, y por otro lado, la detención, tortura y asesinato de los militantes revolucionarios con el fin de aniquilar físicamente a la guerrilla.¹⁰

Los sectores revolucionarios frente al GAN

Sostiene Marín que ante la convocatoria a elecciones los combatientes revolucionarios dividieron sus fuerzas: algunos pasaron a una expectativa vigilante sin desarmarse; otros persistieron en las hostilidades al enemigo de siempre, y el resto se desarmó en nombre de su incorporación “leal” al movimiento triunfante. Como advierten los autores de *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina*, el nuevo ciclo que se abrió encontró a la fuerza revolucionaria actuando, no sólo dividida sino descoordinadamente en dos frentes: el militar y el institucional, empeñando el grueso de sus efectivos en este último con la ilusoria perspectiva

de que se trataba de un avance. Sin embargo, no se llegaba a comprender que la burguesía argentina había entrado en la fase de la lucha político-militar y por lo tanto el triunfo electoral no era un avance revolucionario, sino una nueva etapa de la lucha en condiciones mucho más favorables para la burguesía y en un territorio perfectamente conocido por ésta por ser su propia obra: el aparato de Estado.

Mientras parte de los cuadros revolucionarios iniciaban su experiencia institucional, la contrarrevolución se alistaba para el combate definitivo. Pasaría un año para que la fuerza revolucionaria en su conjunto tomase conciencia de la situación y se reagrupase en la lucha militar. Como advierten los autores de *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en la Argentina*: “En un período de la lucha de clases en que cada día es decisivo, un año resulta una verdadera catástrofe: la tendencia se vuelca de modo irreversible. Y la guerra se ha perdido. Los años siguientes mostrarán la agonía y el coraje de la fuerza revolucionaria.”¹¹

Para estos autores la explicación de la derrota se encuentra en esta incapacidad de la subjetividad para registrar el progresivo cumplimiento de las leyes de la guerra, lo que derivó en el desarme e indefensión de las masas entre 1973-76.

Pozzi y Schneider describen las profundas divergencias y debilidades de la izquierda que se manifestaron ante la convocatoria electoral. Algunos sectores como Vanguardia Comunista y el PCR optaron por el voto en blanco. La izquierda reformista se núcleo en torno a la Alianza Popular Revolucionaria, mientras que el Partido Socialista de los Trabajadores se presentó sólo en una lista integrada por luchadores del período. Con el triunfo del FREJULI a través del esfuerzo de Montoneros, las diferentes posturas políticas continuaron: el PC buscó un acomodo e inclusive la participación en el gobierno, las FAR se definieron por incorporarse al peronismo para no desvincularse de las masas, otros como el Peronismo de Base-FAP llegaron a niveles de inmovilismo reivindicándose peronistas pero no apoyando al gobierno, el PST concentró su actividad en las fábricas con la intención de captar la nueva vanguardia que surgía, y algunos como el PCR profundizaron su nacionalismo minimizando su orientación marxista.

Tortti¹² plantea que cuando el proceso eleccionario se volvió una realidad, dando el juego político nuevas opciones, las organizaciones armadas comenzaron a detener su crecimiento. Para ella, “Los grupos –armados o no– que pretendieron desarrollarse al margen del imaginario del populismo, fueron los primeros en quedar políticamente aislados cuando el peronismo se aglutinó tras la consigna del ‘luche y vuelve’. Para las organizaciones de la ‘izquierda peronista’, ese momento se demoró un poco más, aunque no tardaría en llegar.” Una posición similar mantiene Pilar Claveiro cuando señala: “Las organizaciones guerrilleras no peronistas sencillamente no entraron al juego propiamente político y se mantuvieron en la lucha clandestina y violenta prácticamente sin interrup-

ción, lo que las aisló del proceso y facilitó su temprano aniquilamiento”.¹³ Sin embargo, la postura de Pozzi-Schneider es diametralmente opuesta. Para ellos el retorno de la democracia se hizo en un contexto de sostenido crecimiento de la militancia revolucionaria. Miles de personas se incorporaron al activismo, tanto de los partidos legales como de los clandestinos y la izquierda en su conjunto creció a pasos agigantados. Incluso señalan los autores que el PRT-ERP tuvo un crecimiento sostenido hasta llegar al punto de mayor desarrollo en 1975. Como veremos a continuación el PRT orientó todas sus fuerzas a evitar el aislamiento al que pretendía condenarlo la política Lanussista.

La actitud del PRT frente al GAN puede verse en las Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972.¹⁴ Allí se vaticinaba que el pueblo redoblaría su resistencia y que la lucha guerrillera aumentaría distorsionando los planes dictatoriales. En caso de llegarse a las elecciones, sostenían, ello ocurriría con grandes concesiones, que las organizaciones armadas aprovecharían para desarrollarse ampliamente. De esta manera, frente a un posible proceso electoral el PRT/ERP planteaba orientarse hacia dos objetivos estratégicos: “a) ampliar al máximo nuestra ligazón con las masas, aprovechando audazmente los resquicios legales; b) ofrecer claramente la opción de la guerra revolucionaria en la política nacional.” El primero significaba aplicar con decisión la línea de los comités de base poniendo en marcha todas las fuerzas posibles, los simpatizantes, contactos y aliados, más la lucha reivindicativa (sindical, campesina, estudiantil, barrial, etc) con la actividad clandestina del partido. Se lo logrará multiplicando la acción, las pintadas, las volanteadas, los piqueteos y los actos de agitación (tomas de fábricas, alimentos, etc). El segundo era ofrecer con toda claridad ante la masa del pueblo la opción de la guerra revolucionaria frente a la salida electoral, a través de un conjunto de acciones armadas importantes.

Frente al intento de aislar a la guerrilla el PRT responde volcándose decididamente al trabajo con las masas. “Toda la política represiva de la dictadura encontrará también nuestra respuesta en la participación en las luchas populares. (...) De cada barriada, de cada fábrica, taller, universidad y escuela debe surgir la formación de fuertes organizaciones de masas que opongan a la farsa del GAN, la movilización obrera y popular.”¹⁵

Sin embargo, el mismo PRT debe reconocer, 11 meses después de emitidas las resoluciones del CE, que: “...con la participación activa de Perón en la escena, como primera figura de la farsa electoral, el enemigo ha logrado ciertos éxitos. Ha despertado expectativas en el pueblo y ha sumido en la confusión y el desconcierto al grueso de la pequeña burguesía y sus organizaciones.”¹⁶ Esto encuentra su explicación en el testimonio de Mattini:

Nosotros teníamos que desnudar que el sistema electoral era una mentira... y en eso, coincidíamos con

todo el mundo que decía que era una mentira. Pero los otros no decían que era una mentira el sistema electoral, era una mentira lo que decía Lanusse, y en eso coincidíamos. Lo que ocurre es que los otros buscaban que esa mentira se transformara en verdad. Lo que sucedió fue que, efectivamente, toda esa acción política, la habilidad de Perón, la acción política del movimiento popular, incluida la nuestra, hicieron que eso que era una engañifa se transformara en una verdadera apertura electoral.¹⁷

Lo que las fuentes nos permiten observar es cierta incapacidad del PRT para valorar *per se* el sistema democrático institucional. La definición de cualquier llamado electoral como una engañifa le impidió valorar adecuadamente el sentimiento de la masa peronista ante el nuevo panorama político. Los intentos del Comité Central por elevar la candidatura de Agustín Tosco a la presidencia resultaron infructuosos y el partido debió conformarse con llamar a la abstención con el argumento de que las variantes que había no cumplimentaban los requisitos para ser una opción verdaderamente popular. El mismo Mattini reconoce que para el PRT la democratización no aparecía como una posible vía al socialismo, sino como un simple instrumento utilitario, para oxigenarse de la lucha clandestina. En cierto sentido la debilidad de la organización era su “necesidad política” de unificar como una unidad indisoluble, guerra con socialismo y política con democracia, separando ambos conceptos.

Esta dificultad para el trabajo legal fue reconocida más tarde por el Comité Ejecutivo del PRT y se la intentó subsanar en el futuro mediante la creación del Frente Antiimperialista por el Socialismo. De cierta manera el PRT parecía decirle a las masas: “van por un camino equivocado, nosotros esperaremos a que se les pase el entusiasmo y nos prepararemos para actuar cuando ustedes fracasen”. Muchos militantes “aceptaban la abstención, argumentando que de todos modos era ‘el precio que debíamos pagar por nuestra imprescindible necesidad de marcar la intransigencia ideológica con el peronismo’ y agregaban que a la larga la verdad se impondría por sí misma y las masas, desilusionadas se volcarían al PRT.”¹⁸

El gobierno peronista y la triple A

“...el verdadero jefe de la contrarrevolución, y el verdadero jefe de la política represiva, es precisamente el General Juan Domingo Perón.”
(PRT-ERP)

Señala Bonavena que la estrategia de la burguesía consistió en lograr el desarme político (moral) y militar (material) del movimiento de masas. Si bien las FFAA se habían replegado a los cuarteles no hay que olvidar que tenían en plena operatoria todos sus servicios de inteligencia. Es a partir de Ezeiza que se ve claramente el contraataque a la ofensiva popular, que es iniciado y desarrollado, fundamentalmente, por las fuerzas políticas y sociales que constituían el alineamiento dominante del nuevo gobierno de J. D. Perón. Producir la ruptura y el desarme de la ofensiva popular unificó tácticamente a las fuerzas del régimen y del gobierno durante el período 1973-76.

Una parte esencial de la política de Perón se asentó en el Pacto Social, cuyo propósito era, según Schneider, frenar la conflictividad social y fortalecer las entidades corporativas. No se limitaba a un plan económico sino que más bien era un pacto político. Todo conflicto debía desaparecer mediante su institucionalización, ya que el mismo sistema político se encargaría de resolver cualquier problema. De esta manera, el Pacto Social era una especie de tregua con la gran burguesía y acuerdo con la CGT, además de una ofensiva armada dirigida hacia las fracciones radicalizadas de su movimiento. Los dos José (López Rega y Rucci) representaban las dos patas del plan: la coerción y el consenso.

El PRT, un mes antes de la asunción de Cámpora, ya divisaba la amenaza contrarrevolucionaria que se cernía con el acceso del FREJULI al poder. En las “Resoluciones del Comité Ejecutivo” de abril de 1973 señalaba, entre varios puntos, que:

Los sectores burgueses del FREJULI, hegemónicos en el gobierno, centrarán su política contrarrevolucionaria en el intento de dividir y aislar a las fuerzas progresistas para abrir la posibilidad de su destrucción física por los militares. (...) Empezarán en esta dirección una activísima campaña maccarthista, anticomunista, dirigida en primer lugar contra nuestra organización y otras organizaciones marxistas independientes frente al gobierno.

Para frenar la enérgica lucha reivindicativa de las masas y constreñirlas a los límites del sistema, ensayarán una política gremial de conciliación de clases, combinando concesiones con represión y buscando canalizar y resolver todos los conflictos vía el Ministerio de Trabajo. Necesitarán para ello reforzar considerablemente la fuerza efectiva de la burocracia sindical en el seno del movimiento obrero.¹⁹

Señala Marín que la ofensiva armada del peronismo se dio a través de dos tácticas: la creación de un organismo parapolicial: la Alianza Anticomunista

Argentina²⁰, y por otro, la legitimación de las acciones producidas contra los representantes de la Tendencia Revolucionaria a través de los “golpes de estado” como el “Navarrazo”.²¹

Bonavena sostiene que la política de represión clandestina consistió en el sistemático aniquilamiento de los cuadros más combativos del movimiento popular, cualquiera que fuera su orientación política e ideológica. Coinciden con esta interpretación Pozzi-Schneider, cuando afirman que ésta estaba dirigida a cortar los nexos entre los revolucionarios y el movimiento de masas. Así, activistas y delegados de fábrica, abogados, parlamentarios revolucionarios e intelectuales comprometidos, se convirtieron en blanco del accionar gubernamental. Gillespie²² afirma que la mayoría de los ataques fueron dirigidos precisamente contra los que intentaban desarrollar políticamente a la izquierda, sacando partido de los medios de lucha legales, o contra los que meramente defendían los derechos democráticos existentes. Ideológicamente, la ofensiva derechista se manifestó en las páginas de la revista antisemita *El Caudillo* (financiada por el Ministerio de Bienestar Social) que pedía la eliminación de “los guerrilleros de la retaguardia” y adoptó el lema de que “el mejor enemigo es el enemigo muerto”.

Esto mismo es lo que advirtió Marín, desde el exilio durante la dictadura, cuando descubrió que la política clandestina del enemigo tenía la particularidad de operar sobre los cuadros que mediaban entre las organizaciones revolucionarias y el movimiento de masas. El enemigo concentró sus operaciones en acciones clandestinas, con el objetivo explícito de producir bajas que lograsen la desmovilización del movimiento de masas, más que el enfrentamiento con las fuerzas armadas de las organizaciones revolucionarias. La Triple A y las organizaciones similares, como el Comando Libertadores de América, tenían como meta prioritaria el aislamiento de la clase obrera y el cerco de las organizaciones revolucionarias a través de la desmovilización por el terror. Las cifras que muestra Marín son contundentes: el 81% de las 2.134 bajas que se producen en el campo del pueblo desde el 5/73 al 4/74 pertenecen a las masas movilizadas y a militantes políticos de base (muchos de los cuales pertenecían a alguna organización armada).²³

Lo que Marín intenta señalar, es que el núcleo de las bajas se concentró en lo que objetivamente constituye la retaguardia del campo popular en la lucha armada. Para ellas no fue posible elaborar una estrategia de autodefensa por parte de las organizaciones revolucionarias, las cuales no alcanzaron a percatarse de la dimensión de lo que ocurría. “El desconcierto, el desarme ideológico, la dispersión de fuerzas, fue la respuesta que se configuró ante el sistemático hostigamiento y amedrentamiento de las acciones legales y clandestinas del enemigo.”²⁴

La izquierda frente a la triple A

Señala Mattini que la política del PRT-ERP no implicaba combatir contra la Triple A sino contra las FFAA, “aquél enemigo futuro acantonado en los cuarteles”. ¿Por qué? Más allá de la dificultad que entrañaba enfrentar a los grupos parapoliciales en su mismo terreno, existía una línea del partido en no enfrentar a la guerrilla contra esas bandas. De hecho, el gran enemigo eran las Fuerzas Armadas y las empresas imperialistas, y no “esos asesinos a sueldo que debían ser enfrentados con la acción política y hasta armada de las grandes masas”. Sin embargo, como acertadamente remarca Mattini, el ataque a los cuarteles en momentos en que el Ejército se había replegado y no participaba (por lo menos de manera visible) en la represión, difícilmente podía ser mirado con simpatía por las masas. Si bien es cierto, que el objetivo de las organizaciones armadas era generar y mantener las condiciones del armamento del pueblo, para generar una fuerza armada de masas (Marín), cabría preguntarse qué porcentaje de la población estaba dispuesto a integrar ese “ejército popular”. Según Mattini, a pesar de todo el desprestigio de las FFAA la expresión del hombre de la calle exigía “milicos a los cuarteles” o “el ejército a defender nuestras fronteras” y no su aniquilación mediante un enfrentamiento directo.

Como concluye el autor:

Las acciones del ERP contra las FFAA en ese momento fueron a todas luces un grave error... El ERP violaba una de las leyes de oro de la táctica guerrillera al atacar al enemigo atrincherado en sus cuarteles, no acumulaba fuerzas en toda la potencialidad y apenas si le producía daños puntuales. En cambio, negativamente le ayudaba a unirse cada vez más produciendo el efecto contrario al buscado. El ERP no caía en la provocación de los grupos parapoliciales, pero respondía provocando las FFAA. (...) cada acción del ERP producía, cuando menos, un gran estupor. La gente que simpatizaba con la guerrilla se preguntaba ¿Por qué? ¿Qué se busca? Mientras otros aún, desde posiciones francamente progresistas, emitían agudas críticas. Entonces el PRT se veía obligado a ‘explicar pacientemente’ toda su ‘estrategia’, lo que lo llevó a que la mayor parte de su gigantesca propaganda tuviera un contenido estrategista...²⁵.

Abraham Guillén, teórico de la guerrilla urbana, señalaba que las acciones de la guerrilla debían explicarse por sí mismas; de lo contrario serían políticamente inútiles. “Y si una guerrilla, cualquiera que sea y en cualquier país que actúe, no gana la población con sus acciones, tendrá, en el mejor de los casos,

victorias tácticas, pero finalmente una derrota estratégica y política.”²⁶

Los sectores populares no estaban preparados para la ofensiva política de Perón, y mucho menos para enfrentar su carácter armado; no habían logrado definir una estrategia que los unificara ante el nuevo período que se había abierto con el ascenso del General al gobierno. No obstante, sostiene Marín que a pesar de toda la represión, el gobierno de Juan Perón fue incapaz de llevar a cabo la institucionalización y de imponer una política de cese a las hostilidades (más de 2.200 hechos armados se producen en 1974). Logró sí, desarmar políticamente a los sectores populares pero con el precio de desgastarse a sí mismo. Fue allí cuando la burguesía decidió profundizar su ofensiva y quebró la tregua económica. Esto mismo observan Pozzi y Schneider cuando dicen que, a pesar de todo, la conflictividad social se fue agudizando, aún en vida de Perón. Con su muerte los intentos represivos por eliminar las tendencias de izquierda y combativas en la clase obrera aumentaron. Entre agosto y octubre de 1974 los principales sindicatos independientes o liderazgos gremiales disidentes (que contaban con la amplia legitimidad de sus bases) fueron eliminados. El SMATA de René Salamanca, el sindicato gráfico de Ongaro, el Luz y Fuerza de Tosco, el FOETRA de Julio Guillán, fueron afectados por expulsiones o intervenciones. Asimismo “Docenas de militantes y activistas de izquierda eran encarcelados o muertos diariamente. Además de la terrible pérdida humana, esto implicaba que numerosos izquierdistas tenían que pasar a la clandestinidad consumiendo muchos de los escasos recursos y dificultando el nexo con el movimiento de masas.”²⁷

Ante este brutal nivel de represión el conjunto de la izquierda permaneció fraccionado. El PST se refugió en el trabajo sindical y reivindicativo, criticando duramente a la guerrilla. El PCR se volcó cada vez más a una política nacionalista y sectaria que tomaba como blanco principal al resto de la izquierda. Y el PC, enfatizando sus características reformistas, denunciaba la subversión y se alejaba de la conflictividad social en aras de mantener la legalidad. Como señalan correctamente Pozzi-Schneider: esta falta de unidad, basada en diferencias tácticas, estratégicas y coyunturales, dificultaron una respuesta adecuada al Terrorismo de Estado.

El PRT hizo denodados esfuerzos para lograr la unidad del campo revolucionario y detener el accionar represivo. Como señala Mattini:

llamaba al frente y ponía enormes esfuerzos humanos y materiales en su concreción, en realidad volcaba mucho más personal a esta actividad, contando las fuerzas legales, sindicales, de propaganda y de solidaridad que confluían a lo mismo, que a la acción militar específica. Sin embargo, uno de los problemas graves que dificultaban enormemente esa búsqueda de la unidad, era precisamente las operaciones armadas contra las FFAA.²⁸

El ataque al cuartel de Azul en enero de 1974 es un ejemplo de lo contraproducente e ineficaz de ese tipo de operaciones armadas. Todo el prestigio militar que ganó el ERP se perdió en el orden político. El arduo y paciente trabajo para formar el FAS estuvo a punto de despedazarse, y las conversaciones con otras fuerzas políticas se vieron interrumpidas. “Pocas veces el PRT-ERP estuvo tan aislado como en ese momento y paradójicamente pocas veces se sentía más seguro de sí mismo”.²⁹

La izquierda y el golpe final: 1976

“Un río de sangre separará al pueblo argentino de los militares asesinos”
(PRT-ERP)

Señalan Pozzi-Schneider, que para el año 75 una cantidad importante de militantes habían sido muertos, estaban presos o habían pasado a la clandestinidad. Para casi todas las organizaciones se planteaba el dilema de retirar a sus militantes de los lugares de trabajo, puesto que si no lo hacían podía costarles la vida. El crecimiento de la izquierda y de las movilizaciones obreras había encontrado su límite en las jornadas del Rodrigazo. Los meses posteriores vieron un reflujo en el movimiento de masas (si bien un aumento en la violencia de enfrentamientos y conflictos fabriles) y un cansancio muy grande en la población. Fue en estas condiciones que se produjo el Golpe de Estado, sobre un pueblo prácticamente derrotado pero aún no vencido.

La izquierda en general no sólo continuó dividida, sino que no existía políticamente ningún elemento que la aglutinara para resistir unida el accionar de la dictadura. El PC lanzó su propuesta de compromiso cívico-militar que en la práctica era un llamado al golpe de Estado. En cambio, el PCR optó por una alianza con la derecha peronista en el gobierno para prevenir el golpe. El PST y el PO se negaron a ver la perspectiva cada vez más cierta del golpe militar, obnubiladas como estaban por las movilizaciones obreras del `75. Y finalmente tanto Montoneros como el ERP vieron en el golpe que se avecinaba el comienzo de una guerra abierta que llevaría a la potente movilización antidictatorial de las masas.

El documento del PRT convocando “¡Argentinos: a las armas!”³⁰, con su ciega confianza en que: “La Dictadura Militar fracasará completamente desde el comienzo en sus objetivos de aniquilar las fuerzas revolucionarias y estabilizar el capitalismo.” es un claro ejemplo de la mala lectura que se estaba haciendo de la situación nacional. Lo que el PRT, y el resto de la izquierda revolucionaria no llegaron a percibir fue que el repliegue de las masas había comenzado mucho antes. La dictadura no venía a implantar una nueva represión sino a profundizar el accionar represivo clandestino que desde hacía por lo menos dos años estaba

presente. El paso adelante dado por Montoneros y el ERP sólo sirvió para profundizar la brecha que los separaba de una sociedad cansada y desmovilizada. Si bien tres meses después del golpe Santucho revisó su posición y habló de un “error de cálculo” o de “apreciación táctica” y propuso replegarse “con fuerza hacia las masas”³¹, ya era demasiado tarde. Las organizaciones armadas enfrentaron en solitario todo el poder represivo del Estado y en los dos años subsiguientes prácticamente desaparecieron.

A modo de conclusión

A la hora de intentar encontrar una explicación a la derrota de las organizaciones armadas creo que se hace imprescindible descubrir el momento en que éstas empezaron a aislarse políticamente de las masas. Para Tortti ese aislamiento se dio tempranamente con la implementación del GAN y se manifestó plenamente, un año después, en 1974. Montoneros logró evitar temporalmente la marginación volcándose de lleno al proceso electoral tras la candidatura de Cámpora. Sin embargo, ésta acción le significó un desvío del accionar revolucionario y los llevó a subordinarse (de mala gana) a las directivas del general Perón, por lo menos hasta que la ruptura se hizo inevitable. El PRT, en cambio, no pudo presentar una alternativa electoral, lo que acentuó su aislamiento político-institucional aunque no social. A partir del asalto al Comando de Sanidad, el 6 de setiembre, y al cuartel de Azul el año siguiente, puede decirse que gran parte de la sociedad empezó a mirar con cierto “desconcierto” a esta organización que atacaba a un gobierno elegido con el 62% de los votos y que contaba aún con amplio respaldo.³²

De todas formas considero importante contextualizar estas acciones. El ataque del ERP se dio después de la masacre de Ezeiza y del autogolpe contra el gobierno de Cámpora, cuando la burguesía pasaba a la ofensiva. El asesinato de Rucci por parte de Montoneros también se inscribe en esta lógica de responder al aislamiento al que estaban siendo sometidos. Como advierte Calveiro esto correspondía a una práctica que intentaba ganar en lo militar el espacio que perdían gradualmente en la política.³³ Al fin y al cabo cabría preguntarse: ¿No fueron las acciones armadas las que precisamente le permitieron obtener a estas organizaciones reconocimiento político? ¿No era lógico, pues, que a medida que éste desapareciese intentasen recuperarlo de la misma forma?

Resta saber si la manera de responder de la guerrilla al crecimiento del accionar represivo fue la más adecuada para evitar la desmovilización de las masas y obtener su apoyo. Como ya hemos demostrado, el atacar a las FFAA en sus cuarteles difícilmente podía significar una actitud coherente para las masas y menos aún lograba frenar a la Triple A. Las acciones de Montoneros contra conocidos represores (como Villar) podían contar con la simpatía de las masas

pero difícilmente llevaron a que éstas tomaran parte activamente de la resistencia. Desafortunadamente, las organizaciones armadas no encontraron la forma de frenar la creciente represión clandestina, sus respuestas fueron inadecuadas, y confundidas por su crecimiento cuantitativo no lograron percibir cabalmente y en su verdadera dimensión el reflujo que se estaba produciendo en amplios sectores del campo popular. Como señala Pilar Calveiro: “la guerrilla quedó atrapada tanto por la represión como por su propia dinámica interna; ambas la condujeron a un aislamiento creciente de la sociedad.”³⁴

Si bien es cierto que la represión y la clandestinidad dificultaron el trabajo político esto no implica que necesariamente lo impidiesen. Tal vez si la guerrilla hubiera intentado una respuesta diferente al hostigamiento al que se veía sometida, probablemente hubiera estado en mejores condiciones para resistir el Golpe de Estado. Sin embargo, frente a la derrota política se persistió en un accionar militar que llevó el conflicto, precisamente, a un plano donde las organizaciones armadas, por sí solas, nada podían hacer.³⁵

Pozzi, sin embargo, advierte que la represión y las insuficiencias de la guerrilla, por sí solas, no explican por qué organizaciones grandes y poderosas desaparecieron en un año y medio de intensa represión. Para él, éstas se equivocaron en el nivel de conciencia revolucionaria alcanzada por el conjunto de la población. “Dicho de otra forma: la combatividad no necesariamente es conciencia.”³⁶ Algo similar es lo que intenta señalar Tortti cuando plantea que el rápido crecimiento de las organizaciones contribuyó también a ocultar que el sentimiento antidictatorial de la población no implicaba –necesariamente– una voluntad revolucionaria. El mismo Marín reconoce que una fuente de error en los análisis, que los cuadros revolucionarios hicieron sobre el Cordobazo, fue la confusión entre ‘estado de ánimo’ y ‘convicción’: “Ante sus propias movilizaciones las masas tuvieron un determinado estado de ánimo positivo respecto al enfrentamiento con las fuerzas de carácter represivo; pero ese estado de ánimo no podía ser identificado inmediatamente con una ‘convicción’ acerca de la necesidad permanente del enfrentamiento con las fuerzas represivas del régimen.”³⁷

De hecho, como señala Pozzi, para una gran parte de la sociedad y especialmente de la clase obrera, el capitalismo, lejos de ser un problema en sí, proveía las posibilidades de mejora. El problema era que un sector minoritario aunque poderoso obturaba el camino a más y mayores reformas. La solución para gran parte de la sociedad no era sistémica sino política. De esta manera, cuando esta parte de la sociedad coincidió con los sectores revolucionarios (1969-1973) “el resultado fueron poderosas movilizaciones populares. Cuando no coincidieron (1973-1974) estas movilizaciones se realizaron en pos de las reformas y no la revolución. Y cuando la contradicción entre ambas se hizo aguda –y había que

arriesgar una para obtener otras- frente a la represión, el pueblo se retiró dejando a los revolucionarios solos.”³⁸

En cierto sentido, esta posición de Pozzi contrastaría con su anterior afirmación sobre el fracaso del GAN, ya que éste parecería triunfar, al meter una cuña en el proceso de radicalización de las masas y en los avances insurreccionales que se estaban dando a través de los ‘azos’. La convocatoria a elecciones logró evitar que la impugnación al gobierno y al sistema se mantuviese unida y se profundizase. A partir del ’73 la posibilidad de una salida revolucionaria se diluyó y la burguesía, como ya hemos dicho, recuperó la iniciativa. Esto no implicaba necesariamente que la salida revolucionaria desapareciese definitivamente del horizonte pero sí que ahora se encontraba más distante, haciendo imprescindible replantear la estrategia ante ese cambio político sustancial. Las organizaciones armadas tenían la posibilidad de reorganizarse políticamente y tal vez, con una estrategia política adecuada, volver a encabezar un proceso revolucionario. En este punto, y a riesgo de hacer historia contra fáctica, vale la pena preguntarse si efectivamente existía esa posibilidad, o si el problema era más profundo e implicaba modificar la lógica misma de las organizaciones armadas, que pretendían triunfar políticamente a partir de acciones militares. ¿Bastaba con una mera reorganización política o era necesaria una profunda modificación estratégica? Cualquiera que sea la respuesta que demos lo cierto fue que al aislamiento político institucional del 73/74 le siguió el aislamiento social del 75/76. El Golpe de Estado vino no a frenar un ascenso revolucionario de las masas sino a evitar que éste se produjese en el futuro. Es en este sentido que podemos coincidir con Pozzi, cuando concluye que el golpe de 1976 tenía dos fines: ser preventivo y transformador.³⁹

Para terminar quisiera esbozar una respuesta provisional al interrogante inicial sobre la derrota de las organizaciones armadas. Como hemos podido observar a lo largo del trabajo, el PRT hizo una lectura acertada de las intenciones del GAN, del gobierno peronista y del accionar represivo, aunque en numerosas ocasiones su accionar resultó inadecuado o insuficiente. Sin embargo, en mi opinión, la principal dificultad que debieron enfrentar las organizaciones armadas, y específicamente el PRT, fue que no lograron convertir su estrategia en una opción viable para la mayoría de la población. Sus intentos fueron frustrados a través del llamado a elecciones y por el accionar represivo. Frente a esto, las organizaciones persistieron en una estrategia de enfrentamiento militar que, al carecer de un apoyo masivo, se volvió contraproducente. El problema no fue vincular lo político a lo militar sino reducir lo político a lo militar. El principal déficit, a mi criterio, estribó en la imposibilidad, por un déficit subjetivo, de construir alianzas que permitieran eludir la confrontación y demorar lo más posible el Golpe de Estado.

Notas

¹ De Amézola, G. “El caso del realismo insuficiente” en Pucciarelli, A. (e). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires, EUDEBA, 1999.

² De Amézola, G.; Op. cit., p. 89.

³ Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro; *Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976*. Bs. As., EUDEBA, 2000. p. 68.

⁴ De Amézola, G.; Op. cit., p. 115.

⁵ Marín sostiene que entre 1966-69 “gobierno” y “régimen” se encontraban personificados en las acciones de Onganía. A partir del Cordobazo, así como de los otros movimientos de protesta que se sucedieron durante 1969-71, se entremezcló ese doble contenido político social: la lucha contra un gobierno, la lucha contra un régimen. A partir del `71 el enemigo irá “abandonando” el gobierno mediante un repliegue táctico y concentrará sus fuerzas en la defensa estratégica del régimen. “*El movimiento popular distribuyó sus fuerzas a partir del período 1971-73 a lo largo del espacio que se creaba con la distinción entre ‘régimen-gobierno’, concentrando su ataque político al gobierno y debilitando y aún desmovilizando sus fuerzas en la lucha contra el régimen.*” Marín, Juan Carlos; *Los hechos armados*. Bs As., Ed. La Rosa Blindada, 2003. p.108

⁶ Bonavena, Pablo; Maañón, Mariana; Nievas, Flabián; Morelli, Gloria; Pascual; Martín y Zofío, Ricardo; *Orígenes y desarrollo de la guerra civil en Argentina (1966-1976)*. Bs. As., EUDEBA, 1998.

⁷ Pozzi, P. y Schneider A.; Op cit., p. 67.

⁸ De Amézola, G.; Op. cit., p. 112.

⁹ Lanusse, Agustín.; *Mi testimonio*, Bs As., Lasserre, 1977. p.162.

¹⁰ *El Combatiente*. N° 66 del 30 de enero de 1972. Extraído de De Santis, Daniel; *Documentos del PRT-ERP*, Buenos Aires, EUDEBA. 1998.

¹¹ AAVV.; Op. cit., p. 107.

¹² Tortti, M. C. “Protesta social y Nueva izquierda en la Argentina del GAN” en Pucciarelli, Op. cit. p.150.

¹³ Calveiro, Pilar; “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”. En *Revista Lucha Armada* N°4, 2005.

¹⁴ “Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972”. Extraído de: De Santis, Daniel; *Documentos del PRT-ERP*. Bs. As., EUDEBA, 1998. pp. 282-285.

¹⁵ *El Combatiente*. N° 66 del 30 de enero de 1972. Extraído de De Santis, Daniel; Op. cit. p. 286.

¹⁶ Resoluciones del Comité Central de diciembre de 1972.

¹⁷ Testimonio de Luis Mattini en el documental *ERREPE*. Directores: Gabriel Corvi y Gustavo de Jesús. 2003.

¹⁸ Mattini, Luis; *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, La Plata., De la Campana,

1996. p. 189.

¹⁹ De Santis, Daniel; Op. cit., pp. 373-381.

²⁰ Según Marín la utilización de fuerzas antsubversivas ilegales respondía a la estrategia de la burguesía de desarrollar una verdadera táctica dual. Creaba una imagen de neutralización de las FFAA ante la generalización de una “guerra entre fuerzas armadas irregulares”. Esta situación abría el camino a la legitimidad de la intervención de las FFAA del Estado.

²¹ Por Navarrazo se hace referencia al levantamiento del Jefe de Policía de Córdoba en 1974, mediante el cual se destituyeron por la fuerza de las armas a las autoridades legítimas de esa provincia: Obregón Cano-Atilio López. Este suceso fue aceptado como una situación de hecho por la mayoría parlamentaria: el oficialismo peronista y el radicalismo.

²² Gillespie, Richard; *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Bs. As., Grijalbo S.A., 1987.

²³ Marín, J. C.; Op. cit., p. 95.

²⁴ Marín, J. C.; Op. cit., p. 96.

²⁵ Mattini, Luis; *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. De la Campana. La Plata. 1996., pp.250-251.

²⁶ Entrevista a Abraham Guillén, militante libertario en la *Revista Bicicleta*. Año 1 Núm. 9, Octubre 1978.

²⁷ Pozzi, P. Op. cit. p. 81.

²⁸ Mattini, Luis. Op. cit. p. 249

²⁹ *Ibidem*. p.256.

³⁰ *El Combatiente*. N° 210. 31 de marzo de 1976.

³¹ *El Combatiente*. N° 220. 9 de junio de 1976.

³² Mattini señala que: “*la lucha armada debía ‘abandonar’ por el momento los objetivos socialistas, para apuntar los fusiles a consolidar la lucha democrática y una vez lograda esa democratización, suspender la actividad guerrillera o bien mantenerla como ‘custodia’ de la conquista lograda y de las verdaderas instituciones que representaban esa conquista. Si la lucha armada debía retomarse o no en la prosecución del socialismo, era una cuestión a resolver en una situación concreta. Pero en todo caso debía ser la reacción en forma directa y visible la que la provocara nuevamente (otra dictadura, por ejemplo)*”. “*Es decir que aún el largo camino de la ‘guerra prolongada’ puede incluir una etapa de lucha política legal democrática y no guerrillera*”. Mattini; Op. cit., p. 135.

³³ Calveiro, Pilar; *Política y/o violencia*, Bs As., Ed. Norma, 2004. p. 161.

³⁴ Calveiro; Op. cit., p. 143.

³⁵ Abraham Guillén finalizaba la entrevista anteriormente citada advirtiéndolo: “*Si la política es mala, nunca la estrategia revolucionaria puede ser buena; se es derrotado no por cobarde, sino por poco inteligente*”. Al fin y al cabo “*una guerra revolucionaria no es conveniente decidirla por las armas sino por la política del pueblo en armas*”.

³⁶ Pozzi, Pablo. “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”.
En *Revista Lucha Armada* N°5, 2006.

³⁷ Marín, Juan Carlos; Op. cit., p. 57.

³⁸ Pozzi, P. “La polémica sobre la lucha armada.” en *Revista Lucha Armada en Argentina* N° 5 2006.

³⁹ *Ibídem.*